

Labarca H. considere el aprendizaje del latín una carga inútil para la gente culta o con humos de culta. No estarían en Chile los libros, revistas, hasta textos de castellano plagados de faltas como éstas: «inexcrupulosos», «estructura dramática», «erudición», *Idioma patrio*, 6.º año de Hum, pág. 58, 83 y 53, respectivamente.

Reiterando mi súplica expresada en las primeras líneas de la presente, tiene el gusto de saludarle.

Su atto. y S. S.—ROBERTO KRAUTMACHER.

<https://doi.org/10.29393/At54-13ALMU10013>

América Latina y América Española

Niza, Marzo de 1929.

ENTRE los problemas de nuestro siglo no hay otro expuesto a crisis tan frecuentes y a interpretaciones tan contradictorias como el conflicto que separa a las dos Américas. Acaso se explica así el error de los que, hace algunos meses, cuando apareció la edición francesa del libro de Louis Guilaine: *América Latina y el Imperialismo Americano*, se asombraron de que el autor emitiera juicios seguros sin esperar el resultado de la Conferencia de la Habana, que por entonces debía reunirse. Esa Asamblea podía, según ellos, modificar los horizontes; y era, decían, imprudencia temeraria publicar la obra antes de conocer los nuevos rumbos que el debate abriría para el porvenir.

No caeremos en la fácil crueldad de subrayar ahora, ante los hechos patentes, lo que había de ingenuo en semejantes esperanzas. Bien saben cuantos siguen de cerca el drama de la suplantación de influencias en el Nuevo Mundo, que ningún Congreso Panamericano logra modificar la línea de conducta que desde hace largas décadas se han trazado los Estados Unidos. ¿No se han adelantado a declarar públicamente ellos mismos que la Doctrina de Monroe, lejos de tener el alcance de pacto regional que algunos le atribuían, es intangible y unilateral? Los Congresos Panamericanos no resultan, pues, más que oportunidades para consolidar un ascendiente o acelerar la solución de cuestiones secundarias susceptibles de servir la hegemonía. Si alguna reacción se opera un día contra esta anulación gradual de la independencia americana, ella tendrá su

campo de acción fuera de los engranajes oficiales, colocados, *nolens volens*, bajo la atracción fatal.

Pero el mayor reproche que se ha hecho en España a Guillaine a propósito de su ruidoso libro, ha sido el de emplear la expresión «América Latina». Para algunos, escribir «América Latina» equivale a disminuir a la Madre Patria.

Respeto los móviles que hacen razonar así a los más altos espíritus de la Península. Sin embargo, entiendo que la reclamación nació siempre de una exagerada susceptibilidad.

Soy acaso el escritor sudamericano que más pruebas ha dado a España de fundamental adhesión, propiciando interpretaciones armónicas de nuestra común historia, combatiendo el imperialismo que aspira a desnacionalizarnos, y defendiendo en el Nuevo Mundo las supervivencias ibéricas contra todos los vientos cosmopolitas, a riesgo, a veces, de pasar en mi patria por renegado y zascandil. De haber abrigado la sospecha de que el término implicaba desamor u olvido, me hubiera abstenido de emplearlo. Pero cuanto más reflexiono, más firmemente creo que esta denominación sólo tiene el defecto de ser tan inexacta como las otras. Por eso he escrito indistintamente en el curso de mis veinte y cinco años de propaganda, unas veces «América Española» y otras «América Latina», sin dar un sentido radical a los vocablos, poniendo en la primera fórmula la emoción de los recuerdos y en la segunda la inquietud de las realidades actuales.

No cabe proceder de otro modo si pensamos que en el movimiento de reacción de nuestra América contra el imperalismo anglosajón, es juicioso hacer entrar a la inmensa zona colonizada por Portugal, cuyo estado y destino son los nuestros. El calificativo de «hispano americano» tiene el inconveniente de excluir automáticamente al Brasil. También sacrifica a la pequeña república haitiana, cuyo idioma oficial es el francés

Remontando a los antecedentes históricos y basándonos en el fondo indígena fecundado por España y Portugal, se podría hablar de un Nuevo Mundo «indo-ibérico». Pero esto equivaldría a admitir como invariable el estado de aquellas zonas entre 1492 y 1800, y a olvidar, con el fenómeno separatista, los nuevos aportes étnicos y culturales que lo modificaron todo. ¿Cómo ignorar en la Argentina, por ejemplo, la irrupción de dos millones y medio de italianos que han pesado considerablemente en su desarrollo material y moral? ¿Cómo negar la influencia poderosa que ha ejercido sobre las repúblicas del sur la mentalidad francesa?

Por otra parte, nadie puede hablar tampoco con absoluta

propiedad de una «América Latina». Bien sabemos todos que el componente indígena, el más copioso en algunas zonas, nada tiene de latino.

La verdad es que al cabo de cinco siglos los pueblos de América, en conjunto, carecen de nombre. Si no lo hallaron los del Norte, que rechazan el calificativo de «América Inglesa» y pretenden acaparar indebidamente el título de «americanos»; tampoco lo han descubierto los del Sur, que no aciertan a ponerse de acuerdo para adoptar un calificativo global susceptible de involucrarlos a todos.

La hostilidad se acentúa, en tanto, entre los americanos de filiación anglo-sajona y los de filiación mediterránea. Se trata de dos conjuntos completamente disímiles. De alguna manera habrá que marcar el divorcio entre dos intereses y dos civilizaciones. No nos detengamos, pues, a discutir, en hora tan difícil, tecnicismos académicos. Por encima de los vocablos está el problema de salvar la autonomía de cien millones de hombres y la continuidad de un derrotero de siglos.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Una novela mexicana

PANCHITO CHAPOPOTE, POR XAVIER ICAZA



XAVIER Icaza es una de las voces nacionalistas de México. Una de las voces jóvenes de esa tierra volcánica tan llena de grandes artistas e investigadores de la realidad social. Reyes, Torres Bodet, Gastelum, Diego Rivera, Azuela, González Rojo, Litz Arzubide, etc. México absorbe el panorama del mundo. Especialmente el panorama de América. No importa que las revistas de la burguesía europea—que desencadenó la salvaje tragedia de 1914, que todo el mundo está pagando—ironicen a costa de México. Es natural que así sea. El europeo aun se siente *tutelär*. Aun cree interesarse por lo americano espiritual. Sus tierras, sus yacimientos de petróleo, sus minas, le parecen expresiones del espíritu. El yankee, por su parte, se atraviesa en esta conquista *espiritual* y reclama para sí el derecho absoluto de hegemonía sobre las extensiones de origen hispano. México y uno que otro país del